

Yarith Raciél Hidalgo Castro
Dr. José de Jesús Rivera de la Rosa
jesus.rivera@correo.buap.mx

**ROMPAMOS LAS
BRECHAS DESDE
LA SOLIDARIDAD**

*Jóvenes contra el sistema que
nos quiere solos.*

En la actualidad el individualismo ha tomado fuerza en una sociedad donde importa el “yo mismo”. Esta forma de pensar es producto del modelo educativo centrado en la individualidad, como lo señala Blanco (2001) al considerarlo una característica propia de las relaciones sociales. Sin embargo, ¿qué sucede cuando existen alternativas a este sistema que nos forma desde una perspectiva individualista? Existen alternativas que promueven la solidaridad, como es el caso de la Economía Social y Solidaria –ESS–, la cual emerge dentro de un sistema capitalista, pero se basa en principios como el cooperativismo, la reciprocidad e igualdad. Sin embargo, la solidaridad en las comunidades suele tener mayor fuerza, ya que se comparten problemáticas en común. Estas prácticas pueden manifestarse de diversas maneras, desde pequeñas acciones cotidianas hasta formas más organizadas, como pueden ser las faenas comunitarias que buscan resolver un problema colectivo o incluso a través de uso de monedas sociales, las cuales, según CAJAMAR (2008) están enfocadas en reconocer el valor del trabajo.

Sin embargo, estas no son las únicas prácticas de solidaridad. También se manifiestan al brindar apoyo a otras personas dentro de la comunidad o del entorno. Aunque hoy en día puede parecer difícil encontrar espacios donde se fomente el cooperativismo, aún existen organizaciones y pequeños grupos—formales o informales—que lo practican. Los ejemplos representativos, según Coraggio (2011) dentro de la ESS son las cooperativas, las redes de ayuda mutua y las asociaciones de consumidores, así como los grupos pequeños que, sin estar legalmente constituidos, trabajan en conjunto para dar solución a una problemática en común.



Esto nos lleva a preguntarnos, ¿Realmente hemos sido solidarios? La respuesta es individual pero invita a reflexionar sobre la forma en que estamos actuando en nuestro entorno. Coraggio (1999) menciona que, dentro de una familia, se genera reciprocidad cuando se realizan actividades internas, como las labores del hogar, la distribución de tareas, el cuidado de personas mayores o enfermas, entre otros. Estas actividades, aunque no remuneradas, resuelven necesidades concretas. Sin embargo, cuando estas acciones se dan fuera del núcleo familiar, se considera solidaridad.

Reconocer estas prácticas dentro del marco de la Economía Social y Solidaria nos lleva a replantearnos

nuestro papel en la sociedad y buscar opciones que ofrezcan más oportunidades, equidad y justicia social, frente a un sistema que fomenta el individualismo. Sin embargo, trabajar con temas de equidad nos invita a cuestionar y ampliar nuestra comprensión del concepto territorio. A lo largo de nuestras vidas y de nuestra formación, hemos entendido territorio únicamente como un lugar o una superficie geográfica, dando de lado aspectos que van más allá de esa visión. De acuerdo con Soto y CEEP PARRAS (2019) así como otros autores, el territorio no se limita a un espacio físico, implica recursos naturales como la tierra,

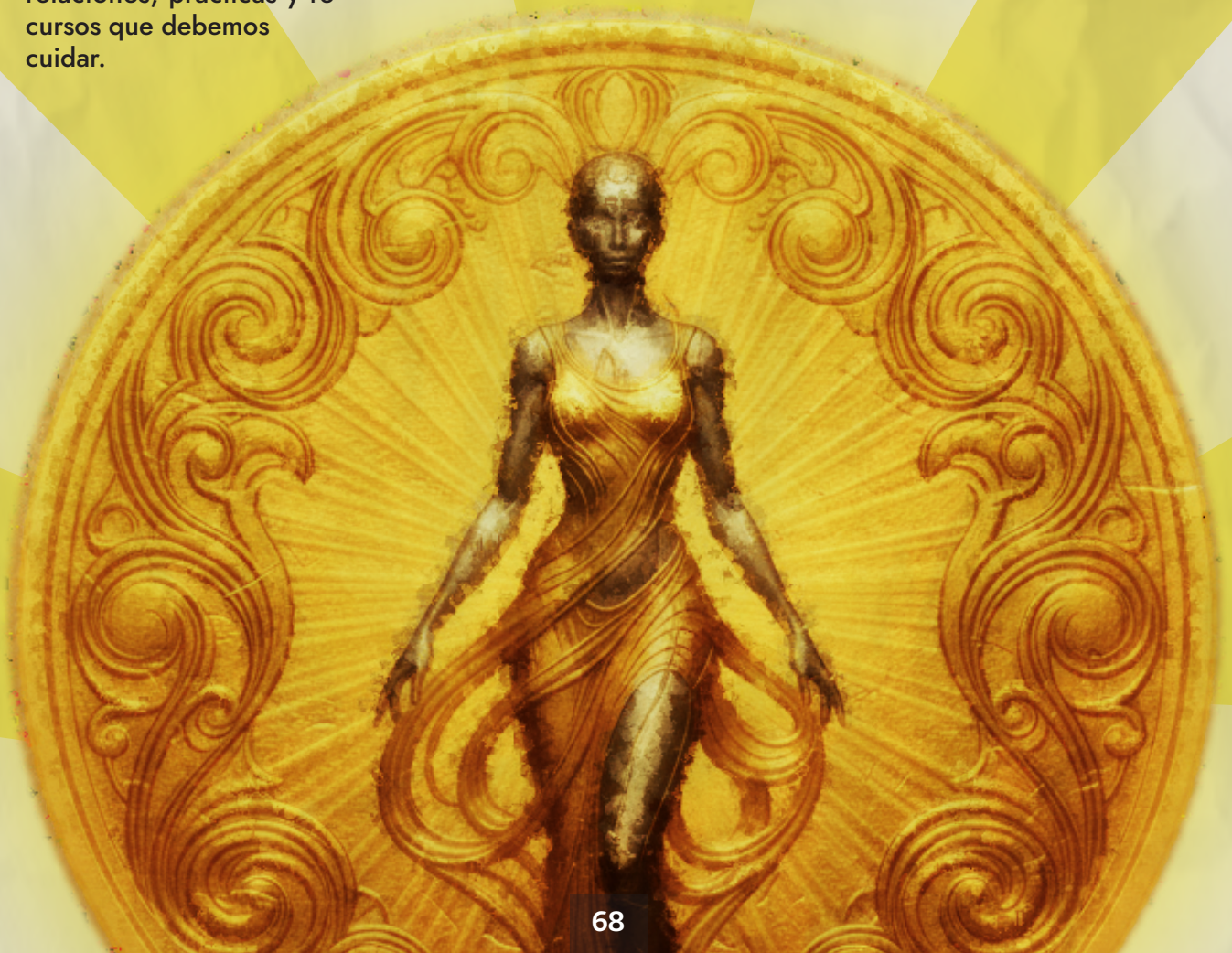
sol, agua, plantas, seres vivos en el entorno, pero también las costumbres, la cultura, la identidad e incluso nuestro propio cuerpo. El ser humano está profundamente ligado al lugar en donde nace, ya que las condiciones del territorio influyen directamente en su forma de vida.

En cambio, defender nuestro territorio es también defender una cultura, derechos, recursos naturales, los cuales han sido constantemente explotados y apropiados por el sistema capitalista o, como lo menciona Gutiérrez y Mora (2011) por instituciones comerciales y financieras, así como por grandes empresas, como si fueran propiedad de unos pocos, cuando en realidad son bienes comunes.



Estos recursos deben estar al alcance de cualquier individuo, permitiéndole disfrutar de su propio territorio. Desde esta perspectiva, es importante reflexionar sobre nuestras propias prácticas, ¿Cómo consumo?, ¿Cuál es mi nivel de desperdicio o de generación de basura?, ¿Cómo funciona el territorio en el que vivo y de qué manera puedo contribuir? Afortunadamente, existen prácticas dentro de la Economía Social y Solidaria que buscan precisamente reducir el consumo, generando alternativas responsables y sustentables que beneficien a todas las personas involucradas mencionan MUSAA A.C. & Dinamismo Juvenil y Solidarius México, (2019) que fomenta las relaciones amorosas y respetuosas. Estas prácticas pueden ser tan sencillas como implementar huertos para el consumo en casa o en espacios colectivos como las universidades, así como promover mercados de segunda mano que frenen el consumo compulsivo y nos inviten a dejar atrás las modas rápidas que solo generan desperdicio. No solo es un espacio físico, sino un entramado vivo de relaciones, prácticas y recursos que debemos cuidar.

Ahora bien, reconocemos la responsabilidad que implica el autoconsumo y de qué manera nuestras acciones pueden contribuir al bienestar del entorno en el que vivimos, desde esta perspectiva, como menciona M. Toledo (2013), podemos denominarla el metabolismo social, en el que es un proceso que va desde una empresa, familia o individuo. Sin embargo, también es importante comprender que existen alternativas al sistema capitalista. Romper con este modelo es una decisión personal pero también es una acción influenciada por los lazos sociales, ya que estos inciden directamente en nuestra forma de actuar. Una de las formas de resistencia más concretas es consumir de manera local, Gallicchio (2010) menciona que esto implica el uso eficiente de los recursos ya existentes en un entorno territorial. Conocer a los productores y adquirir directamente con ellos, permite fortalecer el desarrollo local, crear y reforzar lazos comunitarios y reconocer el valor del trabajo de campesinos, agricultores y productores.





Fomentar la economía local permite también avanzar hacia un mercado más justo, que de acuerdo con García (2011) exista transparencia en el comercio, lo que contribuye a una vida digna para quienes realizan estas actividades. Además, permite que la competencia no esté dominada por monopolios, sino que se base en el respeto, la equidad y la valoración del trabajo. De esta forma, se dignifica el precio de los productos y se honra el esfuerzo de quienes los elaboran. Así, podemos romper con un modelo de consumo impuesto por grandes empresas que, en muchas ocasiones, no reconocen ni valoran el trabajo de los productores locales.

De esta forma, la solidaridad es necesaria para el buen vivir, ya que según Torres y Ramírez (2019), a partir de su recopilación de conceptos, este implica una armonía en el entorno y debe ser basado en una ética y moral, en donde satisfacer las necesidades no implique la explotación de los recursos, sino que se realice de manera que todas las personas puedan satisfacer las suyas y al mismo tiempo, se promueva una regeneración más equitativa del entorno. Estas prácticas también forman parte la Economía Social y Solidaria, la cual impulsa la equidad, el comercio justo y el reconocimiento del valor del tiempo y del trabajo de quienes se dedican a la producción, especialmente de los agricultores y productores primarios. Esto permite que todas y todos podamos involucrarnos en la construcción de un mercado más justo, consciente y solidario.

Esta manera de pensar puede ser considerada utópica. Quispe (2020) menciona que la Economía Solidaria a diferencia de una economía capitalista fortalece el aspecto humano al fomentar el cooperativismo, por lo que, suele ser cuestionada como una utopía; sin embargo, de esa utopía deben surgir más opciones, apoyo y un horizonte donde la equidad sea real para todos. Un mundo donde el individuo no esté limitado por sus condiciones de vida, donde la libertad sea verdaderamente universal donde se reconozcan también las actividades realizadas en el hogar como parte fundamental del bienestar colectivo. Es necesario que se busquen respuestas y oportunidades para todas las personas. Aunque se trata de un tema complejo, es urgente trabajar en ello y construir alternativas que permitan dar solución al sistema desigual en el que vivimos.

Este es el futuro por el que debemos luchar. Las y los jóvenes aún tenemos la posibilidad de transformar estas brechas, de construir un mundo sin clasificaciones materiales, sino que sean el resultado de elecciones libres. Un futuro en el que el trabajo se base en el apoyo mutuo, la solidaridad y la cooperación, en el que dejemos atrás el individualismo.



Referencias

Blanco Pérez, A. (2001). "Introducción a la Sociología de la Educación". Pueblo y Educación. Cuba.

CAJAMAR. (2008). Las monedas sociales. Cuadernos de Divulgación de la RSC y de la Ética Empresarial En Cajamar, 4.

Coraggio, J. (1999). Una perspectiva alternativa para la Economía Social: de la economía popular a la economía del trabajo. Política social y economía del trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad.

Coraggio, J. (2011). Economía Social y Solidaria el Trabajo antes que el capital (Ediciones Abya-Yala).

Gallicchio, E. (2010). El desarrollo local: ¿territorializar políticas o generar políticas territoriales? reflexiones desde la práctica. Eutopía: Revista de Desarrollo Económico Territorial, 1.

García, A. (2011). El comercio justo: ¿una alternativa de desarrollo local? POLIS, 7(1).

Gutierrez, A., & Mora, F. (2011). El Grito De Los Bienes Comunes: ¿Qué Son? Y ¿Qué Nos Aportan?1. Ciencias Sociales, I-II.

M. Toledo, V. (2013). El metabolismo social: una nueva teoría socioecológica. CIECO-UNAM, Relaciones 136.

MUSAA A.C. & Dinamismo Juvenil y Solidarius México. (2019). Volumen 5. Economía Solidaria y Soberanía Alimentaria Desde la Agroecología, 5.

Quispe Andía, R. G., (2020). Economía solidaria: ¿utopía o alternativa posible? Discursos del Sur, (6), 177-189.

Soto, F. & CEEP PARRAS. (2019). Volumen 3. Manual Economía Solidaria y Comunidad, Cultura y Territorio, 3.

Torres, M., & Ramirez, B. (2019). Buen vivir y vivir bien: alternativas al desarrollo en Latinoamérica. Colegio de Posgraduados, 2.